

Leyenda de aire y agua

Oh, qué noche plácida y serena... cerrad los ojos y prestad atención, ¿os llega el canto suave de los grillos?... la brisa apenas mece la hierba ... más que no os confunda la calma de esta noche, hay otras en que nuestra tierra tiene el ímpetu de cien caballos desbocados, son los días de tramontana... cómo brama la Mariona esos días, si la oyeráis... oh disculpad, disculpad mi torpeza... aquí solo unos pocos saben quién fue Mariona. De no ser por mi abuela, que me contó de pequeño casi todo lo que hoy sé, yo tampoco la conocería... tened paciencia, recién llegados, dejaos arrullar por el canto de los grillos, como ya os dije, esta noche todo se desvela si uno cierra los ojos y escucha atento.

Cuenta la leyenda que hace muchos, muchos años, en Palol Sabaldoria se comía el mejor pan en muchas leguas a la redonda. El panadero era un viudo afable y bondadoso que jamás negaba una hogaza a los más humildes del pueblo, aunque los más de los días alguno de ellos no tuviera una mísera moneda con qué pagar. Los dos hijos pequeños del panadero, los mellizos Arnau y Agustí, eran dos torbellinos indistinguibles el uno del otro, que, al morir su pobre madre durante el trabajo de parto, quedaron al cuidado de su hermana Mariona, una joven doncella de ojos almendrados y pelo azabache. Mariona era la favorita del panadero, por su perspicacia, su generosidad y por el extraordinario parecido que guardaba con su madre. Lástima que Mariona heredara de la mujer del panadero, además del cabello y los ojos, la buena salud... Pero eso llegará más adelante, paciencia, amigos, paciencia. Como venía diciendo Mariona era tan fuerte y trabajadora como curiosa, y los pocos momentos en que se desocupaba de cuidar a sus hermanos, adecentar la casa y demás quehaceres, se adentraba sola en el bosque hasta la orilla del río Manol y observaba con ojos de niña las maravillas que la naturaleza le ofrecía: la eclosión de los renacuajos en los charcos, el murmullo de la fronda de los chopos o la danza subacuática de los barbos. Mariona era feliz durante sus incursiones en el bosque, y hacía caso omiso a las advertencias de las otras muchachas del poblado... Quizás por no haber crecido bajo la tutela de una madre precavida, o por su tendencia natural a cuestionar lo sospechoso, a diferencia del resto de chicas, ella no daba crédito a las historias que se contaban en la aldea sobre el bestiot Miquel, el más temido habitante de los alrededores, un hombre escurridizo y peligroso que no había sido visto más de un par de veces los últimos años pero del que se recelaba, y mucho... no había niña honrada ni doncella de bien que no temiera un encuentro fortuito con el bestiot...

Pero de la misma manera en que el suave arrullo de la brisa de esta noche sabemos que es fugaz y se puede convertir mañana en viento huracanado, los días apacibles para Mariona en Palol Sabaldoria llegaron a su fin cuando una noche de invierno, a la hora de la cena, advirtió en su padre, el panadero, unas señales que no había visto hasta entonces... la piel de sus brazos, cubiertos de harina a lo largo de la jornada pero limpios y perfumados después del baño, estaba ligeramente amarillenta ; su tez no tenía la vitalidad de siempre, y cuando Mariona recogió su plato vio que había dejado más de la mitad de la ración sin tocar. En lo sucesivo estuvo más atenta al aspecto y comportamientos del padre, con la esperanza de que se tratara de un bache pasajero, pero el tiempo no hizo más que empeorar su estado de salud ... al cabo de unas semanas hasta los vecinos comenzaron a preguntar a Mariona si todo andaba bien en casa. Y es que las fuerzas del panadero menguaban, el pan salía del horno con retraso, y la tahona cerraba sus puertas cada día más temprano.

El avance de la enfermedad del panadero, lento pero firme, revivió en Mariona a los demonios que tanto la habían atormentado de niña tras la muerte de su madre y que durante años había logrado mantener a raya. Una noche de luna llena, después del baño habitual, el padre, agotado, no pudo reunir fuerzas para sentarse a la mesa familiar y se fue a la cama sin cenar. Desesperada, Mariona acostó a sus hermanos y corrió a buscar refugio junto al Manol. Lloraba sin consuelo sobre el reflejo de la luna en el agua, su larga cabellera negra, empapada de río y de llanto, formaba una cortina alrededor.

Cuando sintió un escalofrío calando sus huesos levantó la vista y se le reveló, en la otra orilla, la figura de un hombre alto y delgado, de barba abundante y pelo blanco, que se cubría con una túnica raída y apenas lograba mantener en frágil equilibrio su postura desgarbada empuñando en una mano una rama de olivo.

Presa del interés, Mariona quiso llamar su atención, pero el hombre no esperaba ser descubierto, resbaló y cayó al río. La chica no dudó en auxiliarlo. El primer impulso del accidentado fue revolverse y tratar de huir, pero un nuevo traspiés le hizo dar de nuevo con sus huesos en el agua helada. Finalmente se dejó acompañar a la orilla, y en cuanto pisó tierra firme, desapareció entre los matorros.

Nuestra protagonista ya no albergaba ninguna duda de que acababa de socorrer a un aterido bestiot Miquel. Lejos de amedrentarse, la curiosidad le invadía. La chica no tardó en volver los siguientes atardeceres al mismo lugar con la esperanza de un reencuentro. Se sentaba durante horas en silencio a la orilla del Manol, alerta, sus cinco sentidos pendientes del más

sutil rastro de una presencia furtiva. La espera dio sus frutos. Tal y como la había sorprendido la primera vez, una noche la figura del viejo se alzó ante ella. No había vacilación. La luna alumbraba su mirada clara. Miquel fue escueto cuando se dirigió a ella.

“¿Qué te ocurre?”

Mariona le contó entre sollozos el terrible mal que martirizaba a su padre, la pena que le causaba solo pensar en perderlo para siempre y la tragedia que suponía para ella y sus hermanos quedar huérfanos y sin sustento.

El misterioso viejo reflexionó unos minutos y le indicó que regresara a la orilla del río al día siguiente a la misma hora. Creía tener una respuesta.

Cuando se volvieron a encontrar, Miquel entregó a Mariona un ramillete de hierbas secas, y le indicó que debía hervirlas en agua y dar de beber la infusión al enfermo al ponerse el sol.

Pero Mariona era de natural curioso, y quiso saber qué hierbas eran, donde se podían conseguir, cuáles eran sus utilidades, en qué época del año brotaban y muchos más detalles que el viejo no pudo explicar con palabras, así que citó a la joven a la noche siguiente y la llevó al claro en que crecía el tomillo, y a la otra noche le mostró la diferencia entre las hojas de menta y las de hierbabuena, y a la otra molieron nuez moscada, y así, durante varias lunas, Mariona aprendió los secretos del bosque que, sin la guía otra persona, no habría podido desvelar.

Pero lo cierto es que a pesar de los remedios y cuidados que ella le proporcionaba, su padre no mostraba signos de mejora, cada vez pasaba más tiempo en cama y por si no hubiera suficiente desgracia con ello, los pequeños Agustí y Arnau también habían enfermado: lloraban sin cesar, sus ojos, antes joviales, estaban enmarcados por un halo oscuro y rechazaban el alimento.

En el pueblo la gente se quedó sin pan, y a cambio arremetió contra Mariona... no en vano era la única de la familia que mantenía una salud de hierro. ¿Cómo es que esa chica conseguía evadir la enfermedad? ¿no sería ella la causa de la desgracia que se cernía sobre su familia? ¿a qué se debían sus incursiones nocturnas al bosque? ¿acaso no estaba avisada del peligro que corría en los territorios ignotos del bestiote?

Frente a los recelos de sus vecinos y la penosa situación que vivía en casa, Mariona buscaba consuelo y respuestas en Miquel, que con sus palabras de apoyo y su dedicación conseguía mantener las escasas esperanzas que aún le quedaban en pie.

Las peores sospechas de los habitantes de Palol Sabaldoria se confirmaron una madrugada en que unos cazadores sorprendieron a Mariona mientras caminaba junto a Miquel por un sendero cercano. Ya no hicieron falta más pruebas para convertirla en cabeza de turco.

Mariona fue acusada de brujería y sometida a un juicio público un mes después. Para entonces, su padre y sus hermanos habían sucumbido a la enfermedad, y ella era ya un alma en pena. Los vecinos del pueblo, azuzados por el miedo que provoca el desconocimiento, la condenaron a la hoguera.

Soplaba tramontana la mañana en que Mariona murió. El viento sacudía con violencia los techados de Palol Sabaldoria, y también los olivos, los chopos y los alisos de las inmediaciones. Nadie alcanzó a oír el crépito de las llamas ni los gritos ahogados de la desdichada Mariona. A diferencia de los demás miembros de su familia, cuyos sepulcros siguen en la tierra bajo la que tiempo después se erigió esta ermita que hoy veis, de ella queda solo el recuerdo de esta historia.

Fue mi abuela la que me contó que cuando hay tramontana, el viento se lleva las nubes y el cielo azul se refleja sobre el Manol, porque Mariona no quiere olvidar el color de los ojos de Miquel.

Si tenéis paciencia y os quedáis por nuestras tierras lo suficiente, vosotros mismos podréis comprobarlo.

